

TODAVIA. SOBRINO UNICO.

LAS VIEJAS AMISTADES.

SUELDO VITAL

De *Carlos León*

Editorial Andrés Bello, Santiago, 1989

De esta reedición póstuma de los cuatro relatos mayores de Carlos León en un solo volumen, dejaré fuera de mi comentario la extraordinaria novela *Todavía*, de la que hablé hace poco con ocasión de su muerte, y me concentraré en las tres obras siguientes: *Sobrino único* y *Las viejas amistades* —“relatos” que no tienen un género definido—, y la novela corta *Sueldo vital*. Los cuatro títulos forman casi la obra completa de Carlos León, un narrador tan sintético y esencial como ameno y deslumbrante, que bien pudo haber ganado el Premio Nacional de Literatura si éste se hubiera concedido con justicia en los últimos quince años.

*Sobrino único* (1954) desarrolla la estilizada y lúcida observación de un hogar provinciano de clase media, con la presencia tutelar de unas tías arquetípicamente tías, y de unos personajes en tránsito que son no menos inolvidables. ¿Dónde se han visto tías que realicen tan puramente la esencia de ese parentesco? ¿Y dónde un sobrino más sobrinesco? En efecto, la paternidad y la filiación resultan pálidas al lado de la dialéctica tías-sobrino. El sobrino narra en primera persona, configurando un relato que no es propiamente novela ni cuento, pero tampoco es una *nouvelle*: tiene hechuras novelísticas por la amplitud del mundo que abarca, pero carece de todo argumento, incluso del mínimo que un cuento requiere. Es más bien un conjunto de semblanzas hiladas, una serie de pinceladas magistrales que con dos o tres rasgos ligeros definen cabalmente a un personaje.

Lo que fascina de estas vidas intrascendentes es la certidumbre lacerante del rasgo que las revela. Así, por ejemplo, la sonrisa de Pedro: “Su sonrisa era genérica y en algún sentido temporal. La usaba hasta el año 1924 cierto tipo de personas que, por carecer de iniciativa o de oficio, debían depender de la tolerancia de los más favorecidos de la fortuna. Era una excusa y un pasaporte y desapareció con la dictación de las primeras leyes sociales”. Así también, en otro orden de cosas, la observación tan humorística como lapidaria: “En aquella época, las mujeres solteras de alguna edad seleccionaban entre sus conocidos de juventud un mozo fallecido preferentemente de muerte violenta —siempre quedaba la posibilidad del suicidio sentimental—, radicaban en él toda su ternura estéril y vivían y morían acariciando su recuerdo. De este modo, su estado civil adquiría un matiz romántico y resultaba voluntariamente elegido. El difunto servía de bastón y de coraza”. Carlos León es, entre nuestros narradores, el prototipo del escritor agudo y que administra bien sus agudezas: las reparte, las difumina, las dosifica para no saturar el relato con su ingenio.

*Las viejas amistades* (1956) tiene la misma estructura básica. Comienza por dibujar, más que un argumento, una galería de retratos —los contertulios de una peluquería— cuya característica esencial es que nos rozan con una evidencia casi física. ¿De dónde —de los clásicos rusos, de los franceses—, de dónde viene al autor este don, tan bien aclimatado en las esencias criollas más provincianas, que le permite crear caracteres palpables con sólo hacerlos hablar cuatro frases que, para más ramate, bordean lo convencional? El largo episodio de la comida de cumpleaños del peluquero es una proeza, hecho como está de lugares casi comunes, narrados por el protagonista adolescente en primera persona a través de las brumas de su propio enamoramiento. Los diálogos de la comida son fascinantes, y tienen la propiedad de identificarse profundamente con sus propios emisores, contruidos como están por una materia verbal que parece de desecho y de ocasión. El final se precipita filosóficamente con la abrupta nota social del año 1938.

*Sueldo vital* (1964) es ya una *nouvelle* con toda propiedad, conservando, sin embargo, en

relación a las obras anteriores, el carácter de una sucesión de retratos humanos esta vez en torno al eje de una oficina de la administración pública. La novela corta es una incursión por el pequeño infierno de la burocracia provinciana, con todas sus rutinas y sus arquetipos, en un clima donde el sentimiento dominante es el tedio por la falta de horizontes y la angustia por redondear un sueldo vital.

El argumento continúa con un episodio de bar y otro de prostíbulo, se prolonga en una asamblea política y vuelve a hundirse en el miasma de la rutina funcionaria. El punto de vista del narrador, a la vez personaje y observador distante, es más bien escéptico de los módicos consuelos del compañerismo alcohólico, de la tristeza mortal del sexo en venta, y de la trivialidad de la política partidaria chilena.

Esta breve novela es menos ingeniosa y más trillada en comparación con los relatos anteriores, si bien conserva el encanto de los caracteres realísimos. Los giros del diálogo son, esta vez, casi todos francamente convencionales, sólo que el autor quiere extremar el estereotipo para arrancar, de la propia cualidad de lo trillado, destellos de un humor melancólico. Los parlamentos, en efecto, se ajustan a ciertos modelos ejemplares de la fauna nacional, y lo hacen con tanta precisión singular, que por eso mismo alcanzan un cierto grado de universalidad.

El protagonista de los tres relatos —y de la novela *Todavía*— es siempre el mismo en distintas etapas de su vida, continuidad que sin duda se explica por motivos autobiográficos. Es una persona pasiva y callada, más bien triste aunque sin patetismo ninguno, y de contornos sumamente borrosos, por contraste con los personajes que la rodean. En torno a su personalidad a la vez apagada y sensitiva vegetan, en *Sueldo vital*, y por lo general en las funciones de comer y beber —módicas compensaciones de la tristeza funcionaria—, ciertas vidas mínimas, oscuros destinos solitarios de otros tantos empleados públicos, cuya inanidad es revelada por los ojos tristes del protagonista. En esa atmósfera de provincia al atardecer, los personajes tienen algo de una evocación fantasmal, como recordados a través de la niebla de la melancolía y del tiempo transcurrido. Pero en *Sueldo vital* decae un tanto el brillo de los relatos anteriores, sin dejar por eso de ser ésta una obra considerable. Aun en sus momentos menos logrados, es Carlos León un narrador de tomo y lomo, un excelente artífice de la prosa, y un maestro en el curioso género —por lo demás tan chileno— del humorismo triste.

IGNACIO VALENTE

## DIARIO DE MUERTE

De *Enrique Lihn*

Editorial Universitaria, 1989

Alabé varios libros de Enrique Lihn; el día que pasé por alto uno de ellos, suscitó las iras del poeta, que llegó a escribir un entero librito contra mí, un panfleto con doctos improperios. Su propia agresión me obligó a callar mi admiración por su obra: cualquier elogio, en esas condiciones, hubiera parecido como arrancado por chantaje. Hoy su *Diario de muerte* pone paz entre nosotros, y recupero la libertad para enaltecerlo, si bien debo añadir que este libro improvisado, rápido, ciertamente no revisado ni corregido, no está a la altura de su mejor obra anterior, aunque mantiene con ella una continuidad siempre digna.

Debo subrayar primero la exasperada lucidez poética de un hombre que, muriéndose de cáncer, tiene el coraje de transmutar su propia agonía en palabra poética, escribiendo —quizás a